LAS ESTRELLAS

Sainete lírico de costumbres populares en un acto, dividido en cuatro cuadros, en prosa con música de los maestros

VALVERDE (hijo) y SERRANO (J.)

Estrenado en el teatro Moderno, de Madrid, el 30 de diciembre de 1904

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ANTOÑITA	Srta. Loreto Prado.
SEÑÁ FELICIANA	Sra. Castellanos.
Una TIPLE	Srta. Franco.
La TRIANÓN	Sra. López.
SEÑOR PRUDENCIO	Sr. Chicote.
CASILDO	— Ponzano.
POLINIO	— Valcárcel.
SEÑOR PEPE el CARPANTA.	— Soler.
ACACIO	— Llaneza.
LEOVIGILDO	— Ripoll.
SEÑOR MÁXIMO	— Delgado.
El CIRUQUI	— Velázquez.
El REPOLLO CHICO	— Castro.
PARROQUIANO 1.°	
El EMPRESARIO	— González.
RODRÍGUEZ	— Borda.
Un SERENO	— Morales.
Un INSPECTOR	
Un CAFETERO AMBULANTE.	— Oza.
ELECTRICISTA 1.°	
IDEM 2.°	— Bermúdez.
Un CARPINTERO	— Fernández.
PARROQUIANO 2.°	— Braúm.
Un TRAMOYISTA	— Molina.

La señorita Franco prestóse gentilmente a cantar la canción del primer intermedio.

La acción, en Madrid. Epoca actual.
Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Salón modesto, en planta baja, de una barbería. Al foro, puerta vidriera de dos hojas que da a la calle. En la pared del fondo, a los lados de la puerta, perchas de hierro. En el lateral derecha, en primero y segundo término, adosadas a la pared, anchas repisas de madera imitando mármol, llenas de útiles para el servicio de peluquería; sobre las repisas, espejos grandes con marco negro, y ante ella sillones de rejilla de los que se usan en estos establecimientos. En el lateral izquierda, en primer término, una puerta practicable cubierta por un portier de *reps;* y en segundo término otro servicio de peluquería igual en absoluto a los de la derecha. En el centro de la habitación, un velador sobre el cual habrá periódicos y cepillos. Algunas sillas de rejilla estarán próximas al velador, y otras distribuídas convenientemente por el salón. Es de día.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, aparece el SEÑOR PRUDENCIO afeitando al SEÑOR MÁXIMO, guardia de Orden Público, cuyo sable y cuya teresiana estarán colgados en la percha de la derecha. ACACIO, aprendiz de la barbería, vestido con su blusa larga, se halla sentado junto al velador leyendo un periódico.

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Afeitando.)* Pues nada, créame usté a mí, señor Máximo: usté será todo lo de

Orden Público que guste (sírvase de inflar el izquierdo) *(El Señor Máximo infla el carrillo izquierdo.)*, pero yo lo que repito es que no siendo el que yo le digo, pa la política española no hay otro remedio.

SEÑOR MÁXIMO.—*(Quejándose.)* ¡Ay!

SEÑOR PRUDENCIO.—¿Cuálo?

SEÑOR MÁXIMO.—Oye, ¿hay otra navaja? Porque, ¡camará!, ésa paece que la has afilao en el fregadero.

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Hombre, pues precisamente es la joya de la casa!

SEÑOR MÁXIMO.—¡Mecachis en la joya! Pues guárdala pa cuando venga el ispetor de la Latina, le afeitas con ella y pué que le hagas un favor.

SEÑOR PRUDENCIO.—¿Por qué?

SEÑOR MÁXIMO.—¡Porque quié que lo trasladen al Hospital!

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Exagere usté una miaja! *(Mira hacia el reloj.)* ¡Recontra, las once y cuarto y esos dos sin venir! ¡Qué habrá pasao! Estoy de nervioso que no sé cómo no he degollao a este hombre! *(Llamando.)* ¡Acacio!

ACACIO.—¿Mande usté?

SEÑOR PRUDENCIO.—Oye, ponte a la puerta y mira a ver si vienen el señor Polinio y el señor Pepe, el Carpanta, que tardan y tengo el alma en un hilo.

ACACIO.—Güeno. *(Sale a la puerta y mira a ambos lados de la calle. El Señor Máximo, durante los anteriores apartes, se ha secado la cara, que le habrá lavado Señor Prudencio, y se mira al espejo.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Cogiendo el pulverizador.)* ¿Refrescamos con colonia?

SEÑOR MÁXIMO.—No, no quiero eso.

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Hombre, lo siento!

SEÑOR MÁXIMO.—¿Por qué?

SEÑOR PRUDENCIO.—Porque me quita usté la única sastifación que puedo tener como republicano: pulverizar a un guardia de Orden Público. *(Peinándole.)*

SEÑOR MÁXIMO.—¡Guasón! Lo que he notao es que me has hecho dos cortecitos mu decentes.

SEÑOR PRUDENCIO.—Señor Máximo, no le choque a usté; ¡me ha pillao usté en un día terrible de nervioso que estoy!

SEÑOR MÁXIMO.—¿Pues qué te pasa?

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Quitándole el paño, sacudiéndolo y doblándolo.)* ¿Qué me pasa? *(Máximo se levanta y se cepilla.)* ¡Pues que hoy... *(Con voz conmovida y misteriosa.)* pué ser un día célebre pa mí! Que estoy esperando un recao que, de serme favorable, si el mes que viene está usté franco un día y quiere usté honrarme con su amistad, se viene usté a mi hotel...

SEÑOR MÁXIMO.—*(Queda inmóvil con la pierna derecha en alto y asombradísimo.)* ¡Arrea!

SEÑOR PRUDENCIO.—Que ya le daré a usté las señas y nos damos un paseo en mi automóvil, que ya le diré al chúfer que no corra.

SEÑOR MÁXIMO.—Pero ¡oye tú!, ¿es que te ha caído la lotería? *(Se pone la teresiana y el sable.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Mejor!... Sino que, hoy por hoy, no puedo ser más explicativo. ¡Y lo dicho, dicho!

SEÑOR MÁXIMO.—*(Con cara de asombro.)* ¡Chico, me dejas parao!

SEÑOR PRUDENCIO.—Sabía que le iba a dejar a usté parao; pero como usté es guardia ya tié costumbre.

SEÑOR MÁXIMO.—Pues na, que sea como lo dices. *(Le paga el afeitado.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—Gracias, señor Máximo.

SEÑOR MÁXIMO.—*(Marchándose y mirando con recelo a Señor Prudencio.)* ¡Hotel!... ¡Chúfer!... ¡Este está mochales! *(Vase foro.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—¡El infeliz se va creyendo que estoy loco! ¡Mísero agente! *(Guarda el dinero en el cajón.)*

ACACIO.—*(Desde la puerta.)* ¡Por fin! ¡El señor Polinio y el señor Pepe vienen!

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Respirando con satisfacción.)* ¡Ay, gracias a Dios! ¡Me devora la impaciencia! *(Sale a su encuentro.)*

ESCENA II

DICHOS, POLINIO y el SEÑOR PEPE el CARPANTA, que entran por el foro.

POLINIO.—¡Hola!

SEÑOR PEPE.—¡Ya estamos aquí! *(Entran corriendo y muy alegres.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Pasar..., pasar!

POLINIO.—¿No está tu mujer?

SEÑOR PRUDENCIO.—No. ¡Os anhelaba, como el hambriento a una fuente!

SEÑOR PEPE.—¡Será el sediento, hombre!...

SEÑOR PRUDENCIO.—Yo me refería a una fuente de chuletas. ¿Qué hay? *(Con impaciencia.)*

POLINIO.—*(Con alegría.)* ¡Hecho el negocio!

SEÑOR PRUDENCIO.—*(En el colmo de la satisfacción.)* ¿Hecho?... ¡Venga un abrazo, y cuarenta, y ciento! *(Se abrazan efusivamente.)*

SEÑOR PEPE.—¡Aprieta! ¡Ya eres feliz!

SEÑOR PRUDENCIO.—¿No han puesto dificultad?

POLINIO.—Denguna. El señor Román aceta el traspaso de esta barbería por setecientas pesetas.

ACACIO.—*(Que está escuchando en segundo término, con asombro:)* ¡Recontra! ¿Qué dicen?

SEÑOR PEPE.—Dentro de un rato, nos esperan en la taberna pa entregarte el dinero, y que firmes la escritura.

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Gracias, gracias! ¡Me habéis hecho hombre! *(Vuelven a abrazarse.)*

ACACIO.—*(Aparte.)* ¡Qué barbaridad! ¡Ha traspasao la barbería! ¡Ay, en cuanto lo sepa la señá Feliciana!

POLINIO.—Güeno, y una vez ultimao el asunto, me paece que ya es hora de que me confíes tus proyectos y me digas el porqué del traspaso del

salón, ecetra, ecetra, porque el señor Pepe no me lo ha querido revelar.

SEÑOR PEPE.—Era la consina, hasta que estuviese hecho.

SEÑOR PRUDENCIO.—Es verdá; pero ahora nada más justo. ¿Se lo revelo todo?

SEÑOR PEPE.—Revélaselo.

SEÑOR PRUDENCIO.—Pues mira, Polinio, Dios le da a ca uno la fortuna en una forma diferente; y a mí me la ha dado con mis dos hijos, la Antoñita y Casildo. Con la Antoñita, porque el día que esa criatura debute en un teatro como monocuplé-tanguista, la Otero va a tener que tostar cañamones si quié atender a su susistencia.

SEÑOR PEPE.—*(Asintiendo.)* ¡Acordes!

SEÑOR PRUDENCIO.—Y con mi Casildo, porque recortando capote al brazo y metiendo el hombro a la hora suprema, el «Frascuelo» era una pastilla de clorato, comparado con él.

SEÑOR PEPE.—¡Acordísimos!

SEÑOR PRUDENCIO.—Pus, güeno *(Con tono iracundo)*; mi mujer, Feliciana, celebro oscuro que no tie más horizontes que la boca del puchero, al ver que he sacao a la chica den ca la modista y al chico de la imprenta pa atender a su educación artística, se ha empeñao en decirme que estoy loco y que esto va a ser nuestra ruina. ¿Será tozuda?

POLINIO.—¿Pero tú no te achicarás?

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Con exaltación creciente.)* ¿Yo achicarme? Si Dios echa al mundo una horná de celebridades, y en esa horná metes la Patti y metes El Gordito, y me tocan a mí en clase de hijos, dicho se está que coger ambas estrellas y protesgarlas en el antro de una barbería, ¡sería un crimen, que un padre como yo no comete!

POLINIO.—¡Bien hecho!

SEÑOR PEPE.—Y en esto—y perdona que ataje tu palabra honrada—surjo yo con mi ejemplo. Yo era un ser vago y errante que vendía por esas calles chuletas de huerta y que tenía una chiquilla que andaba galocheando por ahí con ramitos de

violetas; pues, güeno; de la noche a la mañana, me se evadió mi hija a París, con su madre, contratá con una «troupe» pa bailes españoles, ayer hizo tres meses; y de una renacuaja vestía con un pinguito de falda y una criba de mantón, fíjese usté en la metramórfosis. El jueves me lo mandó. *(Le enseña un retrato.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—Fíjate en el retratito. ¡Mira eso!

POLINIO.—¡Camará, bonita es, pero va casi en cueros!

SEÑOR PEPE.—Hay que azvertir que apenas ha tenío tiempo de hacerse ropa.

POLINIO.—¡Ya, ya! ¿Y dice usté que aquí llevaba una faldita?

SEÑOR PEPE.—¡Una vergüenza!

POLINIO.—¡Pues se conoce que la ha perdido!

SEÑOR PEPE.—Pues, güeno, desde que se fué que me he dejao las patatas y vivo de guagua, ¡porque no hay mes que no me mande de ciento cincuenta a doscientos franques oro!

SEÑOR PRUDENCIO.—Se conoce que lo que se ahorra en ropa, pa ti.

SEÑOR PEPE.—Por eso le he aconsejao a éste que lo venda too, que se deje de esta porquería de España, que emigre con su hija a París como yo, que me voy pasao mañana, y a la vuelta de un par de años regresamos del extranjero, y, ¿usté sabe esos solares de la cae de Lista, pasao un estanco que hay? ¡Nuestros hoteles!

POLINIO.—¿Usté dice donde la tienda asilo?

SEÑOR PEPE.—¡En la acera de enfrente!

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Exaltado.)* ¡Y yo, Polinio, deslumbrao por este ejemplo, te aseguro que es inútil que me graznen lo que quieran! Busco el aplauso, la fortuna, la gloria de mis hijos..., y ¡aunque la persona que se oponga a ello me haga escabeche, mi último cuarto de kilo se saldrá del barril pa cumplimentar esta sacrosanta misión!

SEÑOR PEPE.—*(Entusiasmado.)* ¡Eres un varonil!

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Con energía.)* ¡Soy un padre!

SEÑOR PEPE.—*(Viendo aparecer a Casildo.)* ¡Chis, callarse!

ESCENA III

DICHOS y CASILDO, que entra por la puerta del foro.

CASILDO.—*(Saludando con la mano desde la puerta.)* ¡Saluz!

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Radiante de satisfacción.)* ¡Mirarle! ¡Mi Casildo! ¡Ahí lo tenéis! ¡Ese es el monumento taurómaca más grande del porvenir!

SEÑOR PEPE.—¡Hola, pollo!

POLINIO.—¡Adiós, pollo!

SEÑOR PEPE.—¿Cómo estás, pollo? *(Casildo no contesta.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Me se cae la baba! *(Casildo, después de saludar parsimoniosamente a lo torero, se acerca a un espejo, se atusa los tufos con un cepillo y vuelve a ponerse el sombrero con coquetería, estirándose la chaquetilla. Carpanta, al ver que Casildo no contesta, dice con voz más alta:)*

SEÑOR PEPE.—¿Que cómo estás? *(Sigue el silencio. Aparte.)* Este monumento es bastante mal educao.

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Sonriendo.)* No te ha oído. Estas notabilidades son así, chico; ¡no se fijan en na! *(Acercándose a su hijo.)* ¿De aónde vienes, hijo mío?

CASILDO.—*(Con tono desdeñoso y sin mirar a su padre.)* Del mundo.

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Sonriente y muy complacido.)* ¡Qué manera de contestar!, ¿eh?

POLINIO.—¿Ha madrugao?

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Con asombro.)* ¿Madrugar esa personalidaz? Que se marchó anoche a las diez

y viene ahora. *(Aparte y sonriendo a los dos.)* ¡Las mujeres que se lo rifan!

POLINIO.—¡Ya, ya!

SEÑOR PRUDENCIO.—*(A Casildo.)* ¿Vas a acostarte, hijo?

CASILDO.—¡Clarinete!

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Oye, qué gracia! ¿Habéis oído? ¡Clarinete!

CASILDO.—*(A Prudencio. Secamente y sin mirarle.)* La petaca.

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Dándosela.)* Toma, hijo mío.

CASILDO.—*(La vacia, se guarda los cigarros y la tira con desprecio sobre el velador.)* Cerillas.

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Le da una caja.)* ¡Ahí van!

CASILDO.—*(Se guarda la caja.)* ¡Que no me se despierte hasta que yo avise! *(Saluda con la mano y se va, contoneándose, primera izquierda.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Siguiéndole hasta la puerta.)* No tengas miedo... ¡Ah, oye! Ciérrate por dentro, no te sorprenda tu mamá en el primer sueño.

POLINIO.—¿Por qué le dices eso?

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Sonriendo.)* ¡Por na! ¡Que anoche se le llevó un mantón a su madre y se conoce que lo ha empeñao!

SEÑOR PEPE.—¡Angelito! ¡Qué monada de criatura! *(Riendo.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—Y como la Feliciana no reflexiona que a estas grandes figuras hay que aguantarles sus genialidades, me temo un esasbruto.

POLINIO.—¡Natural!

SEÑOR PRUDENCIO.—Y qué, ¿habéis visto qué hechuras de torero tiene? ¿Se le da un aire al Conejito, verdá?

SEÑOR PEPE.—¡Sí, tiene algo de Conejito..., sino que más en gazapo!

POLINIO.—Güeno; y volviendo a lo de enantes, respective al chico, na tengo que ojetarte, porque se ve que cuidándolo pué llegar a ser Gordito; pero, por lo que toca a la chica, ¿tú crees que servirá pa «chanteuse», Prudencio?

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Amos, hombre! ¿Que si servirá?... ¡Vaya! Ahora que estamos solos, ¿queréis verla y oírla, pa que veáis que no es pasión de padre cuando digo que es una maravilla?

POLINIO.—¡Sí, hombre!

SEÑOR PEPE.—¡Con mucho gusto!

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Pues quitarse las telarañas! *(Llamando.)* ¡Acacio!

ACACIO.—*(Acercándose.)* Mande usté.

SEÑOR PRUDENCIO.—Ponte a la puerta, y si viene la señá Feliciana nos avisas, no sea que nos sorprenda.

ACACIO.—Güeno. *(Vase a la puerta a vigilar.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Yendo a la puerta primera izquierda y llamando.)* ¡Antoñita!... ¡Antoñita!

ANTOÑITA.—*(Dentro.)* ¿Mande usté?

SEÑOR PRUDENCIO.—Sal un momento, haz el favor.

ANTOÑITA.—Voy.

SEÑOR PRUDENCIO.—Ya está aquí ¡Veréis qué prodigio!

ESCENA IV

DICHOS y ANTOÑITA, primera izquierda. ANTOÑITA es una chiquilla como de dieciséis años, con cara abobada y pretendiendo suplir con una verbosidad ridícula la gracia de que carece. Al salir, ligera y sonriente, hace una reverencia.

ANTOÑITA.—Servidora de ustedes. Muy buenos días. ¿Cómo están ustedes?

LOS DOS.—Bien. ¿Y tú?

ANTOÑITA.—Yo, bien, a Dios gracias, pa servir a ustedes. ¿Las familias güenas?... Vaya, me alegro mucho y por muchos años. Tanto gusto.

POLINIO.—Muy bien, muy bien.

SEÑOR PEPE.—Es una monada de chica.

ANTOÑITA.—Tantas gracias, es favor. No lo merezco. Ustedes son muy güenos, al parecer. Y ya lo saben ustedes, con permiso de mi papá, en lo

que sea útil, pueden mandar a una servidora. Tanto gusto.

SEÑOR PRUDENCIO.—Bueno. Pues estos señores...

ANTOÑITA.—Repito que tanto gusto.

SEÑOR PRUDENCIO.—Desean verte bailar y que nos cantes algo aquí en familia.

ANTOÑITA.—Sí, señor, tanto gusto. Lo que deseen de una servidora de ustedes. ¿Quieren ustedes soleares, tango, sevillanas, panaderos, malagueñas, peteneras u «cakevale»? Porque eso tié que ser a gusto de ustedes; porque ustedes sabrán lo que quieren; porque una no sabe con qué dará gusto; porque a lo mejor va una servidora y baila panaderos, y qué sabe una servidora si ustés les tién rabia a los panaderos. Porque eso el que quiere es el que lo pide.

SEÑOR PEPE.—¡Tié razón la chica!

POLINIO.—¡Es lista, es lista!

SEÑOR PRUDENCIO.—No, lo que queremos es lo que sepas mejor; un tanguito de ésos con que vas a debutar u cualquier cosa...

SEÑOR PEPE.—¡El tango, el tango!

POLINIO.—¡Eso! ¡Venga el tango!

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Duro con él!

ANTOÑITA.—Perfetamente. Bueno, y cuando baile, ¿lo marco con todo?... *(Sonriendo picarescamente.)*

LOS DOS.—¡Con todo, con todo!

ANTOÑITA.—Pues con permiso de ustedes voy a ponerme un alfiler *(Se lo pone.)* pa ceñirme la falda, ¿saben ustedes?, porque si no el ondulao no resalta. El tango se llama «Vete a la gloria».

SEÑOR PRUDENCIO.—Yo te acompañaré. Venga de ahí. *(Cogiendo una guitarra.)*

ANTOÑITA.—¡Lo voy a cantar con picardía!

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Veréis un pasmo! *(Acompaña con la guitarra.)*

Música (1).

ANTOÑITA.

¡Ay, que me voy a morir,
y tú me vas a matar!
¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!

LOS DOS.

¿Qué hay?

ANTOÑITA.

¡Nada de particular!
El moreno que me enloquecía
se casa pa mayo;
que yo iznore, por Dios la noticia,
si no me desmayo.
¡Ay, los hombres, mamita, mamita
de mi corazón,
qué embusteros, qué falsos, qué pillos,
qué pérfidos son!
¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Recitado.)* ¡Olé por las laringitis agudas!

ANTOÑITA.—*(Cantado.)*

Y ahora escuchen con mucho cuidao
un tanguito que me han enseñao.
¿Quién es pa ti más dulce
que lo es el mango?
¡Mi guachindango!
¿Quién es la que conmigo
quiere hacer changa?
¡Mi guachindanga!
Dame una prueba sólo
de amor, nenita.
¡Toma tripita!
¡Ay, deja que me acerque,
guachindanguita!

(1) En bailar y cantar este número con la poca gracia con que lo haría una chiquilla de esas a quienes se quiere ridiculizar consiste su verdadero efecto.

¡Ay, por Dios, chachito,
no te acerques, quita, déjame,
porque estás loquito,
ay, retírate, ay, retírate!
¡Retírate, por Dios, Pepito,
retírate, por Dios, que grito,
y no me des con el codito
que me despepito!

TODOS.

¡Retírate, por Dios, Pepito,
retírate, por Dios, que grito,
y no me des con el codito
que me despepito!

ANTOÑITA.

Anda, por Dios, José,
¡retírate!

TODOS.

Ande usté, don José,
¡retírese!

(Después de cantar Antoñita hablan sobre música.)

Hablado.

SEÑOR PEPE.—*(Entusiasmado.)* ¡Devino!

POLINIO.—¡Superior!

SEÑOR PRUDENCIO.—¿Eh? ¿Qué sus paece la vocecita?

POLINIO.—¡Que es una voz que encanta!... ¡qué digo encanta!... ¡que arroba!... y me quedo corto.

SEÑOR PEPE.—El día que oigan a esta chica en el extranjero te la enjaulan. ¡Esto no es mujer, esto es una ruiseñora, hombre!

ANTOÑITA.—Güeno, ¿y a ustedes les molestará quedarse bizcos?... ¿No?... Pues les voy a bailar a ustedes un tanguito que..., ¿saben ustedes lo que es azúcar cande?... ¡Pues más cande!

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Veréis qué disloque!... ¡Arza con la salida! *(Antoñita baila.)*

ACACIO.—*(Jaleando.)* ¡Su gracia!... ¡Su cuerpo!... ¡Su madre! *(Todos se asustan. Prudencio corre a esconder la guitarra.)*

ANTOÑITA.—*(Asustada, cesa de bailar.)* ¡Mi madre!

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Mi mujer!

POLINIO.—¡Su madre!

SEÑOR PEPE.—¡La Feliciana! *(Los cuatro simultáneamente.)*

ACACIO.—¡No, si era que la jaleaba! ¡No asustarse!

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Maldita sea tu estampa, qué susto nos has dao, ladrón! *(Pegándole con la guitarra.)*

SEÑOR PEPE.—¡Anda, sigue, sigue!

POLINIO.—¡Ahí la gracia! *(Sigue bailando hasta el final del número.)*

Hablado.

LOS DOS.—*(Aplaudiendo.)* ¡Bravo, bravo! ¡Muy bien!

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Con entusiasmo.)* Qué, ¿qué tal? ¿Y el salero? ¡El salero!

POLINIO.—¡Yo no he visto un salero parecido!...

ANTOÑITA.—*(Sonriente y satisfecha.)* ¡Tantas gracias!... Una servidora está alicortada. Yo no sé cómo pagar a ustedes... Es algo de favor... Y eso que he bailao en suelo de madera, que el día que a una servidora la pongan linolium... ¿Saben ustés lo que es linolium?

SEÑOR PEPE.—¡Ya lo creo!

ANTOÑITA.—Una cosa que se escurre..., ¡pues ese día, que no se me agarren los pies, yo creo que arrebato!

SEÑOR PEPE.—Nada, chico, que esto en un París u en una Londres, nos traemos el dinero en camiones.

SEÑOR PRUDENCIO.—¿Sí, verdad? *(Con entusias-*

mo, abrazando a su hija.) ¡Hija mía, qué porvenir nos aguarda!...

ANTOÑITA.—¡Ya lo creo, papá!

SEÑOR PEPE.—*(A Polinio. Aparte.)* ¡Ya habrá usté advertío que tié menos gracia que una caja de betún!

POLINIO.—*(Idem.)* Ya, ya; pero, ¿quién le quita las ilusiones a un hombre así?

ANTOÑITA.—Y respective a declamar en picaresco, sabe una servidora una cosa un poco verde, que donde me la oyen, me se mueren de risa; porque una servidora la recalca con una intención, que verán ustedes, si no les molesta.

POLINIO.—No; dila, dila.

PARROQUIANO 1.º—*(Entrando.)* Buenos días; ¿me hacen el favor de afeitarme?

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Contrariado.)* ¡Hombre, espere usted si quiere, porque ahora!...

ACACIO.—Siéntese, que es que estamos mu ocupaos... *(El Parroquiano se sienta al foro.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—Empieza.

ANTOÑITA.—Pues verán ustedes. Es un monólogo, pero lo tengo que decir yo sola, si no no paece monólogo. Es en verso, fijarse:

Cuando salgo a la calle
y llovizna un poquito,
me levanto las faldas
enseñando el tobillo;
mas si un pollo me sigue,
recogiendo el vestido,
me le... *(Como recordando.)* me le...

¡Ay! ¿Cómo dice?... ¡Qué rabia! me le... ¡Pos no me s'ha olvidao!... *(Haciendo esfuerzos ridículos para recordar.)* me le... ¡Mecachis, qué coraje!

ACACIO.—*(Acercándose a ella y en voz baja.)* ¿No es me le atortolo?

ANTOÑITA.—¡Qué va a ser! Bueno, me se ha olvidao, pero es una cosa que voy, ¿saben ustés?, y cuanto más me sigue el pollo, más me levanto, hasta que una servidora le enseña las medias y acaba así, con este desplante:

¡Pa los listos son a listas!
¡pa los tontos son a cuadros!

(Hace una postura ridícula, quedando recogida y enseñando las pantorrillas. El Parroquiano se acerca, mira y se vuelve a sentar.)

SEÑOR PEPE.—¡Una monada!

POLINIO.—¡Preciosa! *(Aplauden todos.)*

ESCENA V

DICHOS y SEÑÁ FELICIANA, en la puerta.

SEÑÁ FELICIANA.—*(Con ira al ver el cuadro.)* ¡Maldita sea la pena!

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Aterrado.)* ¡La Feliciana!

ANTOÑITA.—¡Mi madre!

ACACIO.—¡El ama!

SEÑOR PEPE.—¡Tablón! *(Estas voces simultáneas.)*

SEÑÁ FELICIANA.—¡Muy bonito! ¡Está bien! *(A Antoñita zarandeándola.)* ¡Arza pa dentro, gandula! *(Dándole metidos disimulados.)*

ANTOÑITA.—¡Madre, si era que!... *(Huyendo.)*

SEÑÁ FELICIANA.—¡A remendar la ropa, que es tu obligación! ¡Bribona! ¡Holgazana! *(La persigue hasta que se va primera izquierda.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—*(A Polinio y Carpanta.)* ¿Estáis viendo cómo trata a las celebridades?

SEÑÁ FELICIANA.—*(Al Parroquiano.)* ¿Y usté qué quería?

PARROQUIANO 1.º—*(Con extrañeza.)* Servirme.

SEÑÁ FELICIANA.—¿Y lo tenéis esperando? ¡Anda a afeitarle u te desuello, granuja! *(Queriendo pegar a Acacio.)*

ACACIO.—Si era que..., era que... Siéntese, siéntese el caballero. *(Se pone a afeitarle.)*

SEÑÁ FELICIANA.—Y ustés *(A Polinio y Carpanta*

con brusquedad.), si no tién na que hacer aquí, la calle es gratuita...

POLINIO.—Señora, nosotros estábamos almirando... las dotes de la niña.

SEÑÁ FELICIANA.—¡Tantas gracias! Aquí pelo pa quitar es lo que nos hace falta.

SEÑOR PRUDENCIO.—Feliciana, que son amigos...

SEÑÁ FELICIANA.—Lo celebro. Tertulias, en el Cerro e los Angeles.

SEÑOR PEPE.—Usté disimule... *(Excusándose.)*

SEÑÁ FELICIANA.—Y si no quién ustés volver, aquí tienen ustedes su casa...

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Aparte, a los dos.)* Hacer caso miso y esperarme en la taberna.

LOS DOS.—Somos suyos... *(Saludan y se van.)*

SEÑÁ FELICIANA.—Pal gato. *(Saluda también muy fina.)*

ESCENA VI

PRUDENCIO, SEÑÁ FELICIANA, ACACIO y el PARROQUIANO, que después que le afeitan, paga y se va.

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Muy bonito! *(Con ira.)* ¡Feliciana!

SEÑÁ FELICIANA.—¿Qué hay? *(Rabiosa.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Como trato social, eres más repelente que una manga riega!

SEÑÁ FELICIANA.—Mira, Prudencio, vamos a hablar con franqueza. ¿Tú necesitas las narices este invierno?

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Quizás que sí!

SEÑÁ FELICIANA.—Pues si no quieres desprenderte de ellas... ¡Ya me conoces! Hazme caso a mí y que acabe este desorden de casa; que acabe hoy mismo, ahora mismo, porque estoy decidía, cueste lo que cueste, a que no se lleve la trampa el peazo e pan que tenemos y a no perder por tus locuras dos hijos que me han costao muchas lágrimas y muchos dolores el criarlos. ¡Eso es!

SEÑOR PRUDENCIO.—Está bien. *(Aparte.)* Cualquiera le dice ahora lo del traspasito. *(Alto.)* Bueno, ¿y todo eso, qué viene a ser poco más o menos?

SEÑÁ FELICIANA.—Pues viene a ser que mañana vuelve Casildo a la imprenta y la chica en ca la modista. ¡Eso es!

SEÑOR PRUDENCIO.—Bueno, de modo que te ostinas en que ese monumento taurámaca...

SEÑÁ FELICIANA.—¡Mentira! El chico no sirve pa torero.

SEÑOR PRUDENCIO.—¿Que no sirve? *(Con indignación.)*

SEÑÁ FELICIANA.—¡Qué va a servir; si está la pobre criatura de cornás que lo miras por la espalda y se le ve la corbata al trasluz!... ¿Y tú crees que he criado yo a mi hijo pa colador?

SEÑOR PRUDENCIO.—¿Y respective a la Antoñita, ¿qué?... ¿También es un guiñapo artístico?...

SEÑÁ FELICIANA.—¡La Antoñita, peor!

SEÑOR PRUDENCIO.—Entonces di, celebro oscuro, ¿pa qué le ha dao la Naturaleza una voz a nuestra hija?

SEÑÁ FELICIANA.—Pa que se calle y no berree.

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Frenético.)* ¡Feliciana!

SEÑÁ FELICIANA.—Loco, más que loco. No quieres tú a tus hijos más que yo los quiero. Pero el quererlos no es motivo pa que me ciegue y vea cosas que no son. ¿Que es fácil ser torero?... ¡Ese es tu error, Prudencio! Y no mires a los que han llegao porque Dios les dió ese don; mira a los infelices que, ciegos por la avaricia, mueren como perros en la cama de un hospital. Y por lo que toca a la chica, estás igualmente equivocao; porque una cosa es la gracia que hacen los hijos a los padres en el comedor de casa, y otra la que se necesita pa brillar en el mundo. Y sobre todo, que no, ¡vaya! ¡Que no me da la gana ver a mi hija en un tablao enseñando las carnes; porque mujer que se remangue más arriba de lo necesario pa no coger barro, será buena pa una ca-

ja e cerillas, pero no lo es pa su casa ni pa sus hijos. ¡Eso es!

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Pero ven acá, mollera vacía! Si eso fuera así, ¿por qué me dicen tóos los parroquianos que hago bien?

SEÑÁ FELICIANA.—Pues porque personas que vienen pa un cuarto de hora y que encima te ven con una navaja en la mano, ¿pa qué te van a contrariar?

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Razonas como una sandía!

SEÑÁ FELICIANA.—Razono como una madre sensata y prudente.

SEÑOR PRUDENCIO.—¿Sí, eh?... Pues ahí va mi ulti-matun. Estoy cumpliendo mi deber, y argumentarme en contrario es como tomar el caldo con tenedor. Y creo haberte dicho lo suficiente.

SEÑÁ FELICIANA.—*(Con rabia.)* ¿Es decir, que no cejas?

SEÑOR PRUDENCIO.—¿Cómo cejas? ¡Ni cejas ni narices!

SEÑÁ FELICIANA.—¿Es decir, que te empeñas?

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Empeñao! ¡Mi hijo será diestro, mi hija divete! ¡Es mi misión!

SEÑÁ FELICIANA.—Tu hijo será impresor, tu hija modista. ¡Es la mía!

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Por éstas te juro que no! *(Junta las manos.)*

SEÑÁ FELICIANA.—¡Por éstas te juro que sí! *(Le imita.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Hemos acabao! *(Desde la puerta. Vase foro.)*

SEÑÁ FELICIANA.—¡Usté lo pase bien! *(Con ira.)*

ESCENA VII

SEÑÁ FELICIANA y ACACIO.

SEÑÁ FELICIANA.—*(Desolada.)* ¡Dios mío; pero es posible que ni reflexiones ni amenazas curen a

este hombre de su ceguera!... ¿Y cómo voy a consentir yo que este loco, trastornao por el consejo de unos cuantos guasones, nos lleve a la miseria y a la perdición?... *(Llorando.)* ¡Dios mío! ¡Dios mío! *(Se sienta junto al velador ocultando la cara con el pañuelo con que seca sus lágrimas.)*

ACACIO.—*(Con pena. Aparte.)* ¡Pobre mujer!... ¡Y eso que no sabe la metá de la metá! ¡Qué dramas! ¡Amos, que yo no puedo ver esto! Una mujer traspasá por el dolor, una barbería traspasá por setecientas pesetas, y un servidor traspasao... al arroyo en cuanto venga el otro amo. Si yo tuviese valor, se lo relataba todo. Porque, ¿qué hago yo en la calle? Nada, que se lo digo. Allá voy. *(Acercándose y con voz temblorosa.)* Se... se... señá Feliciana.

SEÑÁ FELICIANA.—¿Qué te pasa?

ACACIO.—Que vaya, que quió que lo sepa usté too; que el señor Prudencio, a espaldas de usté y con objeto de allegar recursos pa irse con la Antoñita a París, le ha traspasao al señor Román *(Señá Feliciana se levanta.)* por setecientas pesetas el presente salón con toos los enseres, menos usté y yo, que seremos las vítimas.

SEÑÁ FELICIANA.—*(Aterrada.)* ¡Jesús! ¿Qué dices?

ACACIO.—Lo que usté oye, ce por be.

SEÑÁ FELICIANA.—¡Dios mío!...; ¿pero es posible?

ACACIO.—Ce por be. Se lo juro a usté por la memoria de mi santa madre que está en el pueblo.

SEÑÁ FELICIANA.—*(Exaltadísima.)* ¡Basta! ¡Te creo! ¡Ese loco es capaz de todo!... ¡Me temía esto! ¡Ay, si no puedo evitarlo, nos ha perdío pa siempre! *(Como tomando una resolución repentina.)* ¡Acacio, la gorra, ponte la gorra!

ACACIO.—¿Y qué hago?

SEÑÁ FELICIANA.—Ponte la gorra y vete corriendo a la ebanistería de mi hermano y le dices: Señor Leovigildo, de parte de la señá Feliciana que vaya usté a la barbería en seguida pa una cosa muy grave. Vuela.

ACACIO.—Comprendido. Un momento. *(Entra primera izquierda y sale en seguida.)*

SEÑÁ FELICIANA.—¡Quién sabe si toavía podremos evitar esta ruina! ¡Corre, por Dios, Acacio! *(Vase Acacio foro.)* ¡Virgen del Carmen! ¡Qué locura! ¡Ay Dios mío, Dios mío, que yo no sé lo que me pasa! Pero güeno, no hay que amilanarse; pa estas ocasiones es el carázter. ¿Traspasar el salón, eh?... ¡Ni a pedazos, ni con Juzgao ni hecha harina me sacan de aquí! ¡Lo juro! Y en este mismo instante se han acabao los toreros y las divetes..., pero pa siempre.

ANTOÑITA.—*(Dentro, cantando.)*

Retírate, por Dios, Pepito...
Retírate, por Dios, que grito...

SEÑÁ FELICIANA.—*(Que se exalta más al oír a su hija.)* ¡Sí, canta, canta..., so gamberra! ¡Ya te daré yo a ti Pepito! *(Llamando.)* ¡Antoñita! ¡Antoñita!

ANTOÑITA.—*(Dentro.)* ¡Madre!

SEÑÁ FELICIANA.—Ven aquí, sal.

ANTOÑITA.—Estoy ensayando.

SEÑÁ FELICIANA.—Sal, rica, sal, que te voy a dar un repaso.

ANTOÑITA.—*(Saliendo.)* Oiga usté, madre, ya he cogido un cambio de tono pa darle más picardía; mi'sté. *(Cantando.)*

Retírate, por Dios...

SEÑÁ FELICIANA.—*(Furiosa.)* ¡Retírate de mi vista o te desuello, so tunanta!

ANTOÑITA.—*(Huyendo atemorizada.)* ¡Huy, por Dios! ¿pero qué es eso?

SEÑÁ FELICIANA.—Que como te oiga yo rebuznar otra vez u me vuelvas a cantar un tango, es el último día de tu vida, ¡so bribona! ¡Y arza, ahora mismo a ponerte el mantón, que vas a volver en ca la modista!

ANTOÑITA.—*(Con espanto.)* ¡Cómo en ca de la modista!

SEÑÁ FELICIANA.—¡Yo, yo te voy a llevar de una oreja! *(Todo esto con gran energía.)*

ANTOÑITA.—¿Pero está usté loca? ¡Una meso-so-

plano quitando hilvanes!... ¡En seguida!... ¡No, señora; no, señora, y no, señora!

SEÑÁ FELICIANA.—¡Ah, sí! ¿Y te vuelves contra mí? ¡Te voy a arrancar la piel, so tunanta, bribona, holgazana! *(Persiguiéndola furiosa.)*

ANTOÑITA.—*(Huyendo asustada.)* ¡Ay, ay, ay! ¡Casildo! *(A grandes voces.)* ¡Padre! ¡Ay, que me quié pegar! ¡Casildo! ¡Casildo!

ESCENA VIII

DICHOS y CASILDO, primera izquierda, interponiéndose entre las dos.

CASILDO.—*(Con solemnidad.)* ¡Chis! ¡Quietuz!

SEÑÁ FELICIANA.—¡La mato! *(Casildo la sostiene.)*

CASILDO.—¡Parsimonia! ¿Obice de la reyerta?

ANTOÑITA.—¡Y too por no quererse morir una iznorada en esta porquería de casa, entre pelos y navajas, eso es!

SEÑÁ FELICIANA.—¿Porquería, eh?... ¡Ya te daré yo a ti porquería!

CASILDO.—Señora madre... El libre albedrío de los hijos es tan respetable como la...

SEÑÁ FELICIANA.—*(Rabiosa.)* ¿Y qué has hecho tú del mantón que te llevaste anoche, so golfo? ¡Dilo, dilo en seguida!

CASILDO.—¡No entremezclemos!

SEÑÁ FELICIANA.—¿Lo has empeñao, verdá? Lo mismo que los pendientes de la semana pasá y los juegos de cama de hace quince días... ¿Y pa eso quiés la turomaquia? Pa dejar tu casa sin un trapo y vengan borracheras y malas compañías y vagancia y perdición, ¿no es eso? Pues ea *(Sujetándole por la solapa.)*; ¡se acabó el toreo y mañana a la imprenta a ganarte honradamente una peseta! ¡Porque yo quiero! ¿Lo oyes? ¡Porque yo lo mando! *(Le zarandea.)*

CASILDO.—¡Del dicho al hecho hay que tomar el tranvía!

SEÑÁ FELICIANA.—*(Ya frenética.)* ¡El tranvía! ¡Vaya, pues ahora mismo! ¡Ya me se ha llenado a mí el costal de ganas! *(Furiosísima.)* ¡Lo vas a ver! *(De un tocador coge unas tijeras.)*

ANTOÑITA.—*(Atemorizada.)* ¡Pero, madre!

CASILDO.—*(Con extrañeza y temor.)* Señora madre...

SEÑÁ FELICIANA.—*(Frenética.)* ¡Córtate esa coleta inmediatamente!

CASILDO.—*(Aterrado.)* ¡Rediez! ¿Pero qué dice usté? ¿Que me ampute?

SEÑÁ FELICIANA.—¡Córtate esa coleta he dicho, o por la sangre de mis venas que te deshago, so granuja! ¡En seguida!

ANTOÑITA.—*(De rodillas, suplicante.)* ¡Ay madre, la coleta no!

CASILDO.—¡Que me suelte usté, que no!

SEÑÁ FELICIANA.—¡Que no! ¡Yo te la cortaré, so vago, tunante, infame! *(En un arranque de fiereza le hace inclinarse contra el suelo y le corta la coleta de un tijeretazo.)*

CASILDO.—*(Durante la lucha.)* ¡No, madre! ¡Mi porvenir! ¡Por Dios!

SEÑÁ FELICIANA.—*(Tirando la coleta al suelo después de cortársela.)* ¡Así, fuera porquerías!

CASILDO.—¡Rediez! *(Tocándose la cabeza y en el colmo del terror.)*

ANTOÑITA.—*(Con horror.)* ¡Se la ha cortao!

CASILDO.—*(Tirado en el suelo y dando un grito desgarrador.)* ¡Padre!

ESCENA IX

DICHOS y el SEÑOR PRUDENCIO, por el foro.

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Entra corriendo asustado por los gritos.)* ¿Qué pasa?

CASILDO.—*(Sentado en el suelo con desaliento y señalando la coleta.)* ¡Me la ha cortao!

ANTOÑITA.—*(Señalándola también.)* ¡De raíz!

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Cogiéndola y con inmenso pavor.)* ¿La coleta? ¿Quién?

SEÑÁ FELICIANA.—*(Empuñando valientemente las tijeras.)* ¡Yo!

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Aterrado.)* ¡Ah! ¡Tú! ¡Tú! ¿Pero tú sabes lo que has quitao de la cabeza a tu hijo, so imbécil?

SEÑÁ FELICIANA.—¡Una tontería! *(Con desprecio.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Frenético.)* ¡Ea, pues! ¡Esta bestialidad colma la medida! Y puesto que te opones bárbaramente a que tus hijos lleguen a la gloria que Dios les destina, me los llevo de aquí. ¡Nos vamos de esta casa! ¡No aguanto más!

ESCENA X

DICHOS, LEOVIGILDO y ACACIO, que vienen de la calle; PARROQUIANO 2.°

ACACIO.—*(Que entra corriendo.)* ¡Aquí está, aquí está su hermano de usté!

SEÑÁ FELICIANA.—Leovigildo, Leovigildo, ven, escucha...

LEOVIGILDO.—*(Entrando.)* Lo sé todo. Silencio. Me lo ha contao Acacio en el camino. *(A Señor Prudencio.)* ¿Pero qué has hecho, so insensato? ¿Pero es de veras que has traspasao la barbería?

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Sí, señor! La he traspasao porque estoy cumpliendo un sacrosanto deber! *(Enseñándole la coleta.)* ¡En cambio, mira la mutilación bárbara que le ha hecho ese cernícalo a este monumento! *(Enseñándole la cabeza de Casildo.)*

LEOVIGILDO.—¿Y le llaman monumento a una cebolleta?

ANTOÑITA.—¡La cebolleta lo será usté!

CASILDO.—¡Qué dirá el Ciruqui! *(Vanse los tres foro.)*

LEOVIGILDO.—¡Prudencio, vuelve en ti, reflexiona!

SEÑOR PRUDENCIO.—No tengo na que reflexionar. Nos vamos de esta casa. Estoy decidido.

ANTOÑITA.—Sí, señor; vámonos.

CASILDO.—Nos vamos.

SEÑÁ FELICIANA.—*(A Leovigildo.)* ¿Pero estás oyendo?

SEÑOR PRUDENCIO.—Y conste que te echarán de la barbería.

SEÑÁ FELICIANA.—*(Con furia.)* ¡No hay quién!

LEOVIGILDO.—No la echarán, porque yo desharé el traspaso devolviendo al señor Román las setecientas pesetas.

SEÑOR PRUDENCIO.—Haz lo que gustes. Mandaremos por la ropa. ¡Hijos míos, la gloria nos llama! Yo os llevaré a ella. Vámonos de aquí.

ANTOÑITA.—¡Madre, no sea usté tonta y véngase usté a la gloria!

SEÑÁ FELICIANA.—¡Prudencio, por Dios, mira lo que haces!... ¡Mira que si sales por esa puerta!...

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Es mi deber! ¡Adiós pa siempre!

ANTOÑITA.—¡Adiós, madre!

CASILDO.—¡Qué dirá el Ciruqui! *(Vanse los tres foro.)*

SEÑÁ FELICIANA.—*(Llamándolos, acongojada.)* ¡Prudencio!... ¡Hijos!

LEOVIGILDO.—*(Sujetándola.)* ¡Quieta!

SEÑÁ FELICIANA.—*(Llorando amargamente.)* Pero, ¡si se van!

LEOVIGILDO.—*(Con energía.)* ¡Deja que se vayan! ¡Muérdete el corazón; pero tú aquí, a conservar la libreta! ¡Es tu deber serio y honrao! ¡Que se vayan! Pué que sea mejor; así probarán dónde está la verdá, si en las ilusiones tontas o en el trabajo humilde y verdadero. ¡Y poquitas lágrimas!

SEÑÁ FELICIANA.—Es verdá. Tiés razón. Ellos lo

quieren; ¡que Dios los ampare! *(Sin dejar de sollozar.)*

PARROQUIANO 2.º—*(Entrando.)* ¿Me pueden afeitar?

SEÑÁ FELICIANA.—Sí, señor. Acacio, afeita a este caballero.

ACACIO.—Pase aquí. *(El Parroquiano se sienta en el tocador de la izquierda y Acacio le afeita.)*

LEOVIGILDO.—Y tú, a tu trabajo, como si tal cosa. Voy a hablar con el señor Román. Vuelvo en seguida.

SEÑÁ FELICIANA.—Gracias, Leovigildo. Pero ¡esos hijos!..., ¡ingratos!..., ¡sin mí!... *(Llorando.)*

LEOVIGILDO.—Adentro, a lo tuyo, y calma. *(La lleva hasta primera izquierda.)* ¡Hasta luego! *(Vase foro. Acacio queda afeitando al Parroquiano y limpiándose las lágrimas. Cae el telón pausadamente.)*

Al bajar el telón empieza un preludio en la orquesta, y, al terminar el motivo del tango, se levanta la cortina y aparece un telón blanco, y pegado en él, un gran cartel de color, que dirá:

SALON MADRILEÑO

DEBUT SENSACIONAL EN LA CUARTA FUNCIÓN

LA BELLA ANTOÑITA

MONO-CUPLÉ-TANGUISTA

NUEVA ESTRELLA

¡No faltéis!

Continúa el preludio y se oye la siguiente canción que canta

UNA TIPLE.

Un canario delicioso
tengo puesto en mi balcón,
que me tiene medio loca

con muchísima razón.
Porque canta el pajarito
con tan rara habilidad,
que entusiasma con sus trinos
a los de la vecindad;
voy a ver si ahora quiere cantar.
Pi, pi, pi, pi, pi,
canta ya, monín,
te lo pido yo,
pi, pi, pi, pi, pi,
anda, canta, ¡por favor!
¡Qué retemonín!
canta más,
¡por favor!,
chiquitín.

Al terminar el preludio, se alza el telón del anuncio y aparece el

CUADRO SEGUNDO

La escena representa el escenario de un salón «Music-Hall» visto de costado. El telón de boca del supuesto escenario figura estar al lado izquierdo del verdadero, ocupando desde la segunda caja hasta el foro, y por consecuencia el foro simulado ocupa iguales términos a la derecha. Los bastidores de este escenario se verán de canto, ocupando el centro de la escena, a distancias simétricas y con varales de luz tras ellos. En primer término, a la izquierda y cerca del supuesto telón, la taquilla de la luz eléctrica. A la derecha, una puerta practicable, que se supone da a un pasillo, con cuartos de artistas. La decoración supuesta será una selva.

ESCENA PRIMERA

Al hacerse la mutación, aparecen dos o tres CARPINTEROS acabando de colocar la decoración. El ELECTRICISTA 2.°,

colocando bombillas de luz en los varales. El ELECTRICISTA 1.º, manipulando en la taquilla de la luz. RODRÍGUEZ, representante de la empresa, mirando por el agujero del telón.

CARPINTERO 1.º—*(A los otros.)* ¡Amos, rediez, que sus dormís! *(Mirando hacia las bambalinas y con voz más fuerte.)* Manolo, pon el foro.

UNA VOZ.—*(Desde arriba.)* ¿El japonés?

CARPINTERO 1.º—No, hombre, la selva *(Cae desde arriba un telón que ventea el Carpintero 1.º, colocándolo en su sitio.)*

ELECTRICISTA 2.º—*(Al primero.)* ¿Qué luz se le da a la debutanta?

ELECTRICISTA 1.º—Pa'l tango dicen que la demos el rojo; pa los coplés la daremos el verde.

ELECTRICISTA 2.º—Pues prueba a ver.

ELECTRICISTA 1.º—*(Dando luz verde.)* ¿Va?

ELECTRICISTA 2.º—Sí, apaga. *(Se apaga la luz verde.)*

ESCENA II

DICHOS y el EMPRESARIO, que sale, primera derecha.

EMPRESARIO.—*(Con acento catalán.)* ¡Rodrígues! ¡Rodrígues!

RODRÍGUEZ.—*(Deja de mirar por el telón y habla con acento andaluz.)* ¿Qué quié osté?

EMPRESARIO.—Oiga, miri, que se dé la entrada a escape y curriendo, ¿sabe? ¡Que vamos con una mica de retraso y me tengo al ispetor detrás de las urejas!

RODRÍGUEZ.—Oiga usté, ¿y qué tar la gente, don Manué?

EMPRESARIO.—Va a haber un llenaso de bote en bote. Pero miri, no es extraño: cuarta sesión y debut..., ¡as claro!

RODRÍGUEZ.—Y qué, ¿ha visto osté vestía a esa niña?

EMPRESARIO.—Ahora vengo de su camarino, y qué quiere que le diga, como mona, es mona.

RODRÍGUEZ.—Pero oiga osté, que yo la he visto ensayar esta tarde y... *(Gestos de duda.)*

EMPRESARIO.—Miri, miri, déjese de cuentos; el caso es que da un lleno, que es lu que se buscaba, y si la matan, que la maten, ¿sabe? ¿A nosotros, qué?

RODRÍGUEZ.—En eso tié osté rasón.

EMPRESARIO.—Lu que se busca, y nada más..., ¡hombre! Ande, avise.

RODRÍGUEZ.—Voy allá. *(Vase primera derecha.)*

EMPRESARIO.—*(Al Carpintero 1.º)* ¿Está todo listo?

CARPINTERO 1.º—Todo; sí, señor. *(Vase el Empresario por el foro. Suena fuera un timbre eléctrico.)*

ESCENA III

POLINIO y el SEÑOR PRUDENCIO.

POLINIO.—*(Sacando casi en brazos a Señor Prudencio.)* ¡Vamos, hombre! ¡Pero no te pongas así! ¿Pero qué te pasa?

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Temblando de miedo y con voz acongojada.)* ¡Ay Polinio! ¿Que qué me pasa?... ¡Pues que a medida que va llegando la hora del debut de mi hija me se está poniendo un amargor de boca y tengo un vacío de estómago que me muero! ¡Mira cómo tiemblo!

POLINIO.—¿Pero, hombre, qué has hecho de aquellos bríos?

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Ay, no sé, no sé! ¡Ay Polinio de mi alma, oye! ¿Tú crees en serio que gustará la chica?

POLINIO.—¡Pues no ha de gustar! La chica es un asombro de gracia. ¿Qué digo un asombro?, ¡un aspaviento!

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Con voz entrecortada.)* ¡Ay

Polinio, no te choque esta emoción! ¡Tú no sabes lo que es ver una celebridad y decir: ¡eso es un engendro mío!

POLINIO.—¡Me lo explico! Y además que comprendo tu miedo, porque si por una de esas cosas, que no lo mande Dios, la chica no gustase...

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Calla, hombre! *(Aterrado y nervioso le da un puñetazo.)*

POLINIO.—¡No, si hablo en pletérito! ¡Calcúlate tu situación! Sin dinero y sin barbería; aunque tu mujer sigue con ella, con la Feliciana no hay que contar.

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Como que ayer me la encontré, me miró el saqué, se echó a reír y me volvió la cara!... ¡Figúrate! *(Se oye un gran rumor detrás del supuesto telón, rumor que remeda con la mayor exactitud al del público cuando invade un teatro; escúchanse entre el natural vocerío estas frases:)* ¡Acomodaor..., a ver mi asiento! ¡Caramelos y bombones! ¡El Heraldo!... *(Sin cesar en absoluto, se atenúan los rumores del público supuesto para que no se pierda el diálogo.)* ¡Ay!, ¿oyes?, ¿qué ruido es ése?, ¿qué pasará?, ¿qué es? *(Impaciente.)*

POLINIO.—Voy a ver. *(Se acerca, mira por el agujero del telón y dice con mucha alegría.)* ¡La gente, la gente que entra!... ¡Ya están entrando!

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Asustado y tembloroso.)* ¿Entran ya? ¡Ay!, ¡ay, qué emoción!

POLINIO.—*(Que sigue mirando.)* ¡Y qué buen público! ¡Va a estar lleno!

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Ay! ¡Aquí quisiá yo ver a la Feliciana, a ese ser egoísta y bárbaro, que estará a estas horas roncando en su cama muy tranquila! ¡Ay, qué temblor! ¡Ay, que no creí que era esto tan emocionante! *(Se escuchan bastoneos y muestras de impaciencia en el público.)* ¡Oye!... *(Los dos atienden.)* ¿Qué pasa ahora?

POLINIO.—¡Que se cansan de esperar! ¡Como no empiezan!

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Ay, pues que empiecen, que empiecen!... *(Muy nervioso, y recorriendo el es-*

cenario dice a grandes voces.) ¡Que empiecen! ¡Que empiecen!

POLINIO.—*(Conteniéndole.)* ¡Calla, hombre!

ESCENA IV

DICHOS y RODRÍGUEZ; luego, ANTOÑITA; después, el EMPRESARIO y, luego, el INSPECTOR.

RODRÍGUEZ.—*(Saliendo. A Señor Prudencio.)* ¿Y la Antoñita?

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Ya debe estar; ya debe estar vestida!

RODRÍGUEZ.—¡Voy a avisarla, que empieza ella! *(Acercándose a la puerta derecha.)* ¡Antoñita! ¡Antoñita! *(Llamando a voces.)*

ANTOÑITA.—*(Dentro.)* ¡Voy, voy en seguida!

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Ay, Polinio, llegó el momento! ¿Qué será de nosotros?

POLINIO.—¡Animo, Prudencio! ¡El porvenir es tuyo!

RODRÍGUEZ.—*(Asomándose por el agujero del telón.)* ¡Molina, la sinfonía! *(Se oye a poco un vals al piano. Antoñita sale por la puerta de la derecha vestida de «coupletista», con un traje corto, verde y rosa, de muy mal gusto; lleva muchas flores en la cabeza; saca en la mano un sombrero cordobés. Viene radiante de alegría.)*

ANTOÑITA.—¡Ya estoy! ¿Qué les parece a ustedes el trajecito? *(Contoneándose muy satisfecha.)*

POLINIO.—¡Precioso! ¡Una monada! ¡Una divinidaz!...

SEÑOR PRUDENCIO.—Oye, ¿no será demasiado verde pa'l público?

ANTOÑITA.—*(Enfadada por la observación.)* ¡Qué va a ser! ¿Usté qué sabe? ¡Ya verá usté, en cuanto me vean, qué murmullo! ¡Pa'l teatro, cosas vivas! ¡En vestir las voy a dejar a todas así!... *(Empequeñecidas.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—Sí, hija mía; si pué que tengas razón. Pero yo es que ya no veo de miedo. ¡Mira qué temblor! *(Enseñándole la mano temblorosa.)*

ANTOÑITA.—*(Enfadada.)* ¡Caramba, padre! Pero ¡qué pesao está usté con el miedo! ¡Jesús!, que lo tuviese yo, güeno; ¿pero usté?... ¡Si sabré yo lo que va a pasar! ¡Un delirio en cuanto me vean y me oigan! Y es que lo mismo me se da a mí del público este que el del Real, que el de cualisquier lao. La cuestión pa gustar es atractivo, y desenvoltura y cosas modernistas..., ¡y déjeme usté a mí!... ¿Que todas saludan de esta manera?... *(Hace un saludo vulgar.)* ¡Pues yo así!... *(Hace un saludo muy raro y moviendo la cabeza hacia la izquierda muy rápidamente y con una sonrisa más rara que el saludo todavía.)*, ¡que tié más novedad! ¡Y con esto y dos o tres ademanes que ha estudiao una servidora, el público en el bolsillo de una servidora!... ¡Va usté a verlo!

POLINIO.—*(Con entusiasmo.)* Pero ¿no te animas de oírla?

SEÑOR PRUDENCIO.—¡No; si yo también estoy seguro!...; pero... vaya..., es que...

ANTOÑITA.—¡Paece mentira! ¡Dudar de mí!... ¡Si gusto, como gustaré, no le vuelvo a mirar a usté a la cara!... ¡Merecía usté tener una hija tonta!

RODRÍGUEZ.—*(Acercándose.)* ¡Prevenida, Antoñita!

ANTOÑITA.—*(Preparándose.)* ¡Venga ya! *(Acercándose a la primera caja.)*

RODRÍGUEZ.—¡Arriba el telón! *(Sube el telón y se llena de luz el escenario.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Casi llorando.)* ¡Ay, cómo me ha herido esa luz! ¡Hija mía, Dios te bendiga!

POLINIO.—*(A Antoñita.)* ¡Animo!

ANTOÑITA.—¡Me sobra! *(Con indiferencia.)*

RODRÍGUEZ.—¡Fuera! *(Antoñita sale a escena, saluda y se oye un aplauso prolongado. Los personajes que están en escena y dos o tres tramo-*

yistas quedan entre cajas de topes y arrojes mirando a Antoñita.)

POLINIO.—¿Lo ves? *(Con viva satisfacción y abrazando a Señor Prudencio.)*

ANTOÑITA.—*(Desde escena, sonriendo a su padre con disimulo.)* ¿Ve usté el efecto del saludo?

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Qué aplauso! *(Muy alegre.)*

RODRÍGUEZ.—¡Tenemos una gran clac! *(Señor Prudencio, indignado, le da un cogotazo. El piano deja oír un tango y Antoñita empieza a bailarlo muy mal y con ademanes raros; se pone el cordobés y se le cae en dos ocasiones. Se oyen en el público risas prolongadas.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Con angustia.)* ¡Ay, paece que se ríen! ¿Qué será?... ¿Qué es?... ¿Qué es?... ¿Qué es?...

RODRÍGUEZ.—No sé...; ¡voy a ver! *(Vase a mirar por detrás del foro.)*

POLINIO.—¡Nada, que se conoce que hace gracia, que gusta!... ¡Que les ha chocao lo del sombrero! *(Se acentúan las risas en el público y se escuchan toses burlonas.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Ay Polinio, que paece pitorreo! *(Lo dice muy azorado.)*

POLINIO.—¡No, hombre, qué va a ser!

ANTOÑITA.—*(Sin dejar de bailar se acerca a la caja donde está su padre, y al dar una vuelta dice muy rápidamente y con cara de angustia, que trueca en seguida en el gesto sonriente que pone constantemente al público.)* ¡Se me ha desatao una cinta! *(Habla con gran rapidez.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Recontra! *(Aterrado, a Antoñita.)* ¿Salgo a atártela?

POLINIO.—*(Sujetándole.)* ¡No, por Dios! ¿Dónde vas? *(Siguen en el público las toses y las risas.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Que se esperen un poco y ven y te la ato!

ANTOÑITA.—*(Que baila ya azoradísima.)* ¡No sé de dónde es!

UNA VOZ.—*(En el público.)* Pero ¿quién te ha vestido?

SEÑOR PRUDENCIO.—¡No sigas!... ¡Ven, ven, Antoñita!

POLINIO.—¡Calla, hombre, calla, por Dios! ¡Que la azaras!

ANTOÑITA.—*(Sin dejar de bailar.)* ¡Y me se está cayendo una liga!

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Dios mío!

UNA VOZ ATIPLADA DEL PÚBLICO.—¡Pero si eso es una niñera!

OTRA VOZ.—¡Asaúra!

VOCES.—¡Callarse!

OTRAS.—¡Fuera la clac! *(Siguen los rumores fuera.)*

ANTOÑITA.—*(Bailando cada vez peor y casi llorando ya.)* ¡Ay, que me muero de angustia!

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Entrate, éntrate y no sigas!

RODRÍGUEZ.—¡Deje usté de bailar! ¡El cuplé, el cuplé en seguida! ¡Pronto, el cuplé, Antoñita! ¡Valor! *(Todos hablan a un tiempo, el público grita y patea; Antoñita, cada vez más azorada, hace un desplante ridículo y termina el baile entre carcajadas y voces de burlona aprobación. El piano preludia el cuplé.)*

POLINIO.—¡Duro en el cuplé, que te haces con el público!

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Furioso y a gritos y desesperado.)* ¡Gritarla, con lo que vale esa criatura! ¡Porque lo vale! ¡A qué andar ya con modestias! ¡Lo vale, sí, señor! ¡Lo vale!

RODRÍGUEZ.—¡Calle usté ahora! *(Antoñita empieza a cantar con voz temblorosa.)*

ANTOÑITA.—*(Cantando.)*

¡Ay, que me voy a morir!
¡Y tú me vas a matar!
¡Ay!...

(Hace un gallo.)

UNA VOZ DEL PÚBLICO.—¡Qui-qui-ri-quí! *(Risa general.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Cochinos! ¡Dejarme salir!... ¡Cerdos!

POLINIO.—¡Cállate, Prudencio!

ANTOÑITA.—*(Cantando con voz llorosa.)*

El moreno que me enloquecía
se casa pa mayo;
que yo iznore, por Dios, la noticia,
si no, me desmayo.
¡Ay los hombres, mamita, mamita
de mi corazón!

UNA VOZ.—¡Ande usté a vender décimos!

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Insúltalos! ¡Ladrones! ¡Asesinos! *(Frenético de ira.)*

RODRÍGUEZ.—¡Pero quieto! *(Apenas pueden sujetarle.)*

ANTOÑITA.—*(Cantando.)*

¡Qué embusteros, qué falsos, qué pillos,
qué pérfidos son!

(Acercándose.) ¡Ay padre, que estoy muy mala!... ¡Yo me muero! *(Intenta cantar otra vez, desafina y se produce un pateo formidable, voces e insultos.)*

RODRÍGUEZ.—¡Al Pepito! ¡Al Pepito!

ANTOÑITA.—*(Cantando.)*

Retírate, por Dios, Pepito;
retírate, por Dios, que grito.

UNA VOZ.—*(Del público.)* ¡Retírate tú!... *(Risas, toses, aullidos.)*

ANTOÑITA.—*(Llorosa, sofocada y sin saber lo que hace, deja de cantar y grita dirigiéndose al público:)* ¡Indecentes! *(Vocerío espantoso, gritos, imprecaciones. Cae el telón. Llorando acongojada se abraza a Señor Prudencio.)* ¡Ay padre de mi alma, que creo que no he gustao!

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Sosteniéndola en sus brazos.)* ¡Pues no has de gustar, hija mía!... ¡Han sido dos o tres!... ¡Morrales! ¡Golfos!... ¡No llores, hija!

POLINIO.—¡Cálmate, cálmate, Antoñita! *(Sigue oyéndose fuera un alboroto horrible.)*

ANTOÑITA.—*(Angustiadísima.)* ¡Ay, agua, agua, que me ahogo!

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Suplicante.)* ¡Por Dios! ¡Por caridad! ¡Un poco de agua!

EMPRESARIO.—*(Saliendo primera derecha hecho*

una fiera.) ¡Nos ha perdido! ¡Insultar al público! ¿Qué ha hecho ustet?

POLINIO.—*(Con ira.)* ¡Qué sabe la chica!

RODRÍGUEZ.—*(Sin dejar de mirar por el telón.)* ¡Y no callan!

EMPRESARIO.—Pero ¿qué quieren?

RODRÍGUEZ.—¡Rompen las butacas! *(Miran los dos por el telón.)*

ANTOÑITA.—¡Ay, a mi casa! ¡Llevarme a mi casa! ¡Yo me muero aquí, me ahogo! ¡Vámonos!

INSPECTOR.—*(Entrando furioso.)* ¡La empresa! ¡A ver, la empresa inmediatamente!

EMPRESARIO.—¡Servidor!

INSPECTOR.—*(Con tono imperativo.)* ¡Es necesario que esta señorita salga inmediatamente a pedir perdón al público, inmediatamente!

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Frenético de coraje.)* ¿Qué? ¿Mi hija a pedir perdón a esos golfos? ¡Primero me ahorcan!

INSPECTOR.—O pide perdón, o me la llevo detenida inmediatamente.

SEÑOR PRUDENCIO. ¡Detenida mi hija! *(Furioso.)*

ANTOÑITA.—*(Sollozando y aterrada.)* ¡Ay, no, por Dios! ¡Perdón!... ¡Ay, no, padre; detenida, no! ¡Ay, que no se me lleven, por Dios! *(Se abraza a su padre como quien se refugia de un peligro.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—¡No, hija; me matarán antes!

INSPECTOR.—Pues que salga inmediatamente.

EMPRESARIO.—Sí, hombre, que salga; verá ustet, si no cuesta nada. *(Empujando a Antoñita.)*

POLINIO.—Sí, hombre, es mejor, déjala. *(Trata de que Prudencio suelte a su hija que es zarandeada por unos y otros.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Mi hija humillada!

ANTOÑITA.—¡Sí, señor; deje usté, padre, saldré! Después de todo, he faltao. Así no se me llevarán, ¿verdá? ¡Que suban el telón! ¡Ay, sostenerme! *(Desfallecida sin poder casi andar.)*

RODRÍGUEZ.—¡Arriba el telón! *(Sube el telón.)*

EMPRESARIO.—*(Empujándola.)* Vamos. *(Antoñi-*

ta sale trémula, cogida a los bastidores; al verla el público protesta y grita.)

VOCES.—¡Chis! *(Imponen silencio.)*

ANTOÑITA.—*(Entre el hipo amargo de un llanto mal contenido.)* ¡Re... re... respetable público!... ¡Perdón! *(Se echa a llorar amargamente y cae arrodillada. Baja el telón en silencio.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Sale a cogerla.)* ¡Canallas! ¡Asesinos! *(Llorando.)* ¡Hija mía! ¡Yo, yo tengo la culpa! ¡Perdón, hija mía! ¡Perdóname! ¡Insultarme a mí!... ¡Matarme a mí, si queréis..., pero a este peazo e mi alma!... *(Llora.)*

POLINIO.—¡Vamos, vámonos! *(Sacándolos del escenario.)*

EMPRESARIO.—¡Vaya, fuera, fuera, despejar! *(Los empuja a un rincón.)*

RODRÍGUEZ.—¡Libre la escena! *(Empujando a todos.)*

ANTOÑITA.—¡Ay, sí... nos echan!... *(Angustiadísima.)* Vámonos...; ¡pero con mi madre!... ¡Llevarme con mi madre!

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Sí, hija, sí! Polinio, trae la ropa en un rebuño.

POLINIO.—¡Voy en seguida! *(Vase por la puerta derecha.)*

EMPRESARIO.—*(Empujándolos.)* ¡Libre el paso! *(A Rodríguez.)* Que salga la Trianón y les cante «La pulga», a ver si los contenta.

RODRÍGUEZ.—¡Trianón! ¡Trianón! *(Dando voces por la primera derecha.)*

TRIANON.—*(Saliendo.)* Aquí estoy. *(Viste de cupletista.)*

RODRÍGUEZ.—¡Sugestiva, niña, sugestiva; a ver si los amansas!

TRIANON.—Conmigo hocican... Verá osté. Arriba er trapo. *(Esto último lo dice mirando arriba. Se levanta el telón, se oye un tango, empieza a bailar y se oyen voces en el público.)*

VOCES.—¡Esto, esto!... ¡Ahí lo bueno!... ¡Tu madre!... ¡Olé!... *(La Trianón baila de un modo descocado e indecente.)*

POLINIO.—*(Sale, por la puerta derecha, con un*

lío de ropa y el mantón, y se acerca donde están el Señor Prudencio y Antoñita abrazados.) ¡Vámonos! *(En este momento hace la Trianón un desplante y el público aplaude, quedando luego en silencio.)*

ANTOÑITA.—*(Llorando.)* ¡Cómo la aplauden a ésa! ¿Por qué no habré gustao yo así, padre?

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Con amargura.)* ¿Que por qué no has gustao así? ¡Pues, porque Dios no me ha querido castigar del todo, hija mía! *(Salen por detrás del telón del foro. Sigue bailando la Trianon y el público jaleándola.)*

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Calle corta de los barrios bajos de Madrid. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

La SEÑÁ FELICIANA, dando muestras de impaciencia y de extremada curiosidad, pasea por la calle, envuelta en un mantón. Se para, se acerca a menudo al primer término izquierda y mira.

SEÑÁ FELICIANA.—¡Ay, Dios mío! ¡Cuánto tarda ese chico! ¿Qué habrá pasao?... ¡Los menutos se me hacen siglos! ¡Ay, Jesús Nazareno de mi alma, Dios quiera que haiga gustao esa chica!... ¡Su padre me creerá tan tranquila roncando en la cama, le conozco; y llevo un diita que no sé cómo me tengo en pie!... Porque yo lo odio; odio eso de ercenarios y de públicos, bien lo sabe la Virgen Santísima, pero así de que recibí el recao

de que la chica debutaba esta noche, le puse dos velas a la Virgen, le recé un rosario y le pedí... ¡paece mentira que se lo pidiera yo!... ¡Le pedí que la aplaudiesen, que la llenasen el ercenario de flores, de coronas, de too lo mejor que haiga en el mundo! ¡No por mí, bien lo sabe Dios! ¡Por ella, na más que por ella, por su bien y por su alegría! ¡Hija de mi alma! *(Se seca los ojos con un pañuelo y mira a la izquierda.)* ¡Ay!, ¿es aquél?... ¡Sí, aquél es! ¡Gracias a Dios! ¡Acacio!... ¡Aquí, aquí estoy! *(Llamándole con la mano.)*

ESCENA II

DICHA y ACACIO, que sale por la izquierda fatigado, con el traje descompuesto, tentándose la cabeza y con las narices hinchadas; jadeante.

ACACIO.—¡Señá Feliciana!

SEÑÁ FELICIANA.—*(Cogiéndole la mano con gran impaciencia.)* ¿Qué, qué ha pasao?

ACACIO.—Pu... pu... pues nada, que...

SEÑÁ FELICIANA.—¿Te has caído?

ACACIO.—¡Yo no!... ¡Ha sido que!... ¡Espere usté que respire! *(Toma aliento.)*

SEÑÁ FELICIANA.—¿Pero ha gustao la chica?... ¡Pronto, dilo pronto!

ACACIO.—*(Titubeando y sin saber qué decir.)* No... si... la... la chica... como gustar la chica... le diré a usté...

SEÑÁ FELICIANA.—¿Qué?

ACACIO.—Que al principio, sí, señora, ha gustao.

SEÑÁ FELICIANA.—¿Y luego?

ACACIO.—Luego también..., ¿sabe usté?... Al menos a mí.

SEÑÁ FELICIANA.—Bueno, ¿y al público, y al público?

ACACIO.—Sí... sí, señora...; al público, mucho... Sino que aunque ha gustao un poco, yo que usté en cuanto llegase a casa, lo que es las dos velitas

de la Virgen, ¡puf!, ¡puf!... *(Hace la acción de soplar.)* ¡Apagás!

SEÑÁ FELICIANA.—¡Pero, ay, no me asesines! ¡Habla! ¿Qué es lo que ha sucedío con la chica?

ACACIO.—Pues na; too ha sío por culpa de uno; un guasón de patillas que estaba en delantera. Verá usté cómo ha pasao la cosa. Se alza la cortina, se presenta la Antoñita de verde, que estaba pa comérsela, con permiso de usté, y rompo yo solo en un aplauso nutrido, y me sigue el público; ella, en vez de saludar hace una cosa así elegante con la cabeza, *(Imita el saludo de Antoñita.)* como si estornudara, y va el guasón de las patillas y dice: «¡Jesús!» Y yo digo: «Fuera ése», y me sigue el público y le echan. Encomienza a bailar la chica, y en esto me veo que se la salía una cinta por la abertura de la falda..., y van, y se ríen en las butacas. La Antoñita, algo azará, canta; se le va una nota que yo no sé si era un re o un sí, aunque creo que sí, y al dar el gallo, se armó el maremánum en el público. Risas, toses, patadas, ladridos... Ella se sofoca, se echa a llorar, yo aplaudo, me sigue el público; les llamo ¡cochinos!... y me sigue el público... me sigue el público y me da una paliza en el fuayere, con grabaos en el texto como salta a la vista. Y el final no lo he visto. No lo he visto por dos razones: primera, porque mi'sté cómo tengo este ojo; y segunda, porque me echaron los guardias a la calle; y me he venido corriendo pa tranquilizarla a usté como lo hago; porque como gustar, la verdá es que la chica ha gustao. ¡Al menos a mí!

SEÑÁ FELICIANA.—*(Que durante el relato anterior expresa con sus gestos el convencimiento del desastre, dice con energía):* ¡Bueno, no me digas más! ¡Lo que yo me temía! *(Sigue furiosa como hablando consigo misma.)* ¿Lo ves, infame, ladrón, asesino, mal padre?... ¿Lo ves? ¿Lo estás viendo? ¡Amarga es la leción... pero quién sabe si Dios lo habrá hecho! ¿Dónde habrán ido?... ¿Qué será de ella?... ¡Pobre hija mía! *(Vase derecha.)*

ACACIO.—*(Que ha dicho la anterior escena con el*

sombrero en la mano, intenta ponérselo de varias maneras sin conseguirlo.) ¡Rediez con el debutito! ¡Na, que póngame el sombrero como me lo póngamelo, me encuentro con una dificultad del tamaño de una nuez! No, lo que es como debute otro día voy de mantilla. ¡Palabra! *(Vase corriendo por la derecha.)*

MUTACIÓN

CUADRO CUARTO

Plaza en los barrios bajos de Madrid. Desembocan en ella distintas callejuelas. A la izquierda, en segundo término, una puerta practicable, cerrada, y sobre ella un rótulo que dirá: BARBERÍA. Sobre la puerta cuelgan dos bacías de cartón. Es de noche. Los faroles de la plaza y de las callejuelas, encendidos. La luna ilumina con suave claridad la parte izquierda del escenario.

ESCENA PRIMERA

El SERENO y un CAFETERO ambulante. Al levantarse el telón aparece el SERENO, sentado en un portal, leyendo un periódico a la luz del farol. Se oye a lo lejos el pregón del CAFETERO.

CAFETERO.—*(Hablando sobre música.)* ¡Cafeeé calienteeé!... ¡Cafeee!... *(Sale a escena.)*

SERENO.—¡Hola, tú!

CAFETERO.—¡Adiós, Pepe!

SERENO.—¡Echate un vasito!

CAFETERO.—*(Sirviéndole.)* ¡Vaya una helá que está cayendo!

SERENO.—¡Anda, que de peores han de caer!

¡Ahora escomienza el invierno! *(Bebe el café.)*

VOZ.—*(Lejos.)* ¡Serenooo!

SERENO.—*(Fuerte.)* ¡Vaaa!... *(Pagando.)* ¡Toma! *(Vase foro izquierda.)*

ESCENA II

El SEÑOR PRUDENCIO y ANTOÑITA. Al desaparecer el CAFETERO, aparecen por el extremo de la calle del foro el SEÑOR PRUDENCIO, embozado en su capa, y ANTOÑITA, arrebujada en un mantón, con una toquilla en la cabeza y un lío de ropa en la mano. Andan vacilantes y como temerosos de llegar a la barbería.

ANTOÑITA.—*(Llorosa y sosteniéndose en el brazo de su padre.)* ¡Ay, padre de mi alma, yo no puedo más!... ¡Tengo un temblor y un frío!... ¡Yo no me muevo de aquí! *(Se sienta en el quicio de una puerta al lado de la barbería.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Muy conmovido.)* Pero oye, rica, ¿por qué no nos vamos en ca el señor Polinio, donde estábamos, y mañana de día vienes tú solita?

ANTOÑITA.—¡Ay, no, padre, no se empeñe usté! ¡Yo estoy muy mala! ¡Yo quiero subir a casa! ¡Yo no estoy fuera de mi madre ni un menuto más; no señor!

SEÑOR PRUDENCIO.—Pero, ¿no comprendes, hija, que después de lo que nos acaba de pasar y siendo tu madre dueña de la barbería, yo ya no puedo entrar ahí más que a que me pelen? ¡y carcúlate si me coge tu madre: me rapa!... ¡Y con razón!

ANTOÑITA.—¡Ay, qué temblor! *(Tiritando.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—Llamaremos al sereno y entras tú, ¿quieres? ¡Yo... yo voy a dar un paseo!... *(Llorando.)*

ANTOÑITA.—*(Se levanta y le abraza.)* ¡No, padre; por Dios!, ¿cómo se va usté a ir?

SEÑOR PRUDENCIO.—Pero, ¿con qué cara entro yo, si esa casa ya no es nuestra, Antoñita?

ANTOÑITA.—La casa no será de usté, pero es de mi madre, y mi madre es mía, y usté también es mío; y yo la hablaré, y verá usté cómo no nos echa; porque si nos echara, ¿dónde vamos a media noche y con la helá que está cayendo?...

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Hija de mi alma!... ¿tienes frío?

ANTOÑITA.—*(Llorando.)* ¡Ay!, ¿por qué no habré gustao, padre?

SEÑOR PRUDENCIO.—¡No, si has gustao, hija!... pero, ¿crees que no has gustao?... ¡ya lo creo que sí!... sino que... vamos... te ha faltao eso que... ¿Quiés mi capa, hija? ¡Estarás helá con ese traje!

ANTOÑITA.—No, mi'sté qué lástima, ¡se me ha roto todo! *(Enseña el traje roto.)* ¡Pero el frío lo tengo en los huesos!

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Con ira, señalando a la barbería.)* ¡Y esa madre infame y egoísta, ahí dentro, roncando!... ¡miserable!

ANTOÑITA.—¡Ay!... ¡mire usté! *(Asustada mirando al foro.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—¿Qué es? *(Volviéndose.)*

ANTOÑITA.—Dos hombres. *(Aparecen en el foro discutiendo, el Ciruqui y el Repollo Chico.)* ¿Me querrán coger por lo del teatro? Arrímese usté... tengo miedo. *(El señor Prudencio la abraza.)*

ESCENA III

DICHOS, el CIRUQUI y el REPOLLO CHICO, que salen del foro, se acercan a la barbería, se fijan en el grupo, y saludan.

CIRUQUI.—*(Acercándose.)* ¡Güena noche!

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Aparte.)* ¡Calla! ¡Parece la voz del Ciruqui! *(Alto.)* Ciruqui, ¿eres tú?

CIRUQUI.—¡Pa servile, no asustarse!

REPOLLO.—¡Y un servidó!

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Con el Repollo Chico! *(A Antoñita.)* ¡La cuadrilla de tu hermano!

ANTOÑITA.—*(Al Señor Prudencio.)* ¿A qué vendrán?

SEÑOR PRUDENCIO.—¿Y qué os trae por aquí a estas horas?

CIRUQUI.—Pos na, que veníamos a jasele una rasón a la señá Felisiana de parte de Casirdo y se la jaremo a osté, que mejó será. ¿No? *(Al Repollo.)*

REPOLLO.—Sí. *(Muy seco.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—Pues, ¿qué pasa?

REPOLLO.—*(Aparte, a Ciruqui.)* Díselo en frazmentos. ¿No?

CIRUQUI.—*(Aparte, a Repollo.)* Sí. *(Titubeando. Alto.)* Pue lo que pasa es que... Casirdo, ¿sabe osté?..., pues ha toreao esta tarde.

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Mi hijo! ¿Ha toreao? *(Muy alegre.)*

REPOLLO.—*(Con tristeza.)* Un ratito.

CIRUQUI.—Y como Casirdo e como e, que ya sabe osté cómo e, dijo dise, puesto que esta noche drebuta mi hermaniya, si le digo a mi pare que atoreo, le doy un día de acongojo..., ¡y se lo cayó er probetiyo!

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Pobre hijo mío! *(Con cara radiante.)* Y qué, ¿habrá quedao como los ángeles? *(Los toreros se miran.)*

CIRUQUI.—¿Como los ángeles? *(Mira al cielo.)* ¡Por ahí, por ahí!

REPOLLO.—*(Mirando al cielo también.)* ¡Más arto!

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Cambiando en gesto de terror la expresión alegre de su cara.)* ¡Recontra! ¿Qué decís?

ANTOÑITA.—¡Ay, mi Casildo! *(Llora.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Ay mi hijo! ¡Ay, Ciruqui, habla. ¿Muerto?..., ¿herido?... *(Interroga con ansia horrible.)*

CIRUQUI.—Una mijita meno. Carmarse.

REPOLLO.—¡Cuéntalo too!

SEÑOR PRUDENCIO.—Sí, cuenta, cuenta... *(Impaciente.)* ¿qué le ha ocurrido?

CIRUQUI.—Pos na... fué en su segundo. Era un berrendo en negro, gordo, de Palha... ¡Palha tenía que ser! ¡Mardita sea su casta, que le tengo yo un asquito a esos bichos!... Coge Casirdo los trastos, se va ar toro, y ar da er quinto pase, lo empitona, se lo sacude, ¡y a la armósfera!

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Dios mío!

ANTOÑITA.—¡Qué horror!

CIRUQUI.—Y esto sería a las cinco y media... güeno, pos no le gorvimo a ve hasta las ocho y cuarto.

REPOLLO.—¡Con desile a osté que bajó ya vendao!

ANTOÑITA.—¡Virgen Santa!

SEÑOR PRUDENCIO.—¿Y dónde tiene la cornada?

CIRUQUI.—No, corná no tié denguna. Ha sío una palisa na má, sino que ha sío una de ésa ¡de órdago! ¿No? *(A Repollo.)*

REPOLLO.—¡Ha sío un cúmulo!

SEÑOR PRUDENCIO.—¿Y dónde está?, ¿dónde está mi hijo?...

CIRUQUI.—Pue ahí se queó en un cafetín hasta sabé si su mare quié recibilo.

ANTOÑITA.—¡Vamos, vamos por él!

SEÑOR PRUDENCIO.—Sí. ¿Dónde? ¿Dónde es?

ESCENA IV

DICHOS y CASILDO, que viene por el foro cojeando, con la cabeza vendada y un brazo en cabestrillo.

CASILDO.—*(Con voz llorosa.)* ¡Padre!

CIRUQUI.—¡Erse-lomo!

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Hijo mío! *(Van a abrazarle el Señor Prudencio y Antoñita, y huye.)*

CASILDO.—*(Con terror.)* ¡No; no apretarme! ¡Ay qué dolores!

SEÑOR PRUDENCIO.—¿Qué tienes?

ANTOÑITA.—¿Qué ha sido?

CASILDO.—¡Ay, padre, que yo no toreo más! *(Llorando.)* ¡Que yo no toreo más!

CIRUQUI.—¡Vaya, pue nosotros... con permiso...!

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Gracias por todo, hijos!

REPOLLO.—Aliviarse y que no sea na. *(Mutis los toreros por el foro.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—¿Dónde te duele, hijo de mi alma, dónde?...

CASILDO.—¡Me duele en el total, padre! ¡Ay, qué dolores!... *(Mirando a su hermana.)* ¿Y qué... y ésta cómo ha quedao?

SEÑOR PRUDENCIO.—Pues por el estilo. ¡Le ha tocao un publiquito de Palha también!

ANTOÑITA.—¡Podríamos estar en la cárcel, conque no te digo más!

CASILDO.—*(Con desconsuelo.)* ¡Dios mío! ¿De manera que ya no se van ustés a París?

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Con viveza y furia imponente.)* ¿A París?... ¡Maldita sea su vida!... ¡Si yo cogiera alguna vez al ladrón aquel del Carpanta, que fué el que me metió en el jaleo y el que me ha traído esta ruina y esta tristeza, te juro que!... *(Amenazador y furioso.)*

PEPE.—*(Desde lejos pregonando.)* ¡Chuletas de huerta! ¡Chuletaaas!...

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Recontra! *(Con asombro.)*

CASILDO.—¡Paece su voz! *(Atendiendo.)*

PEPE.—¡Que humean!... ¡Chuletaaas!

SEÑOR PRUDENCIO.—¡El es! *(Se acerca a la primera derecha y llama a voces.)* ¡Carpanta! ¡Carpanta!

ESCENA V

DICHOS y el SEÑOR PEPE el CARPANTA, por la primera derecha, con una cesta.

SEÑOR PEPE.—*(Saliendo.)* ¿Quién?

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Carpanta! ¡Maldita sea! *(Le amenaza.)*

SEÑOR PEPE.—¡Prudencio! ¡Tú! ¡Ay, Prudencio de mi alma, mátame si quieres!

SEÑOR PRUDENCIO.—Pero oye; ¿cómo es esto? ¿No estabas en París?

SEÑOR PEPE.—Sí, Prudencio. Allí estuve y de allí vengo.

SEÑOR PRUDENCIO.—Pues, ¿qué te ha pasao?

SEÑOR PEPE.—¿Que qué me ha pasao?... Pues que a mi mujer y a mi hija me las encontré que estaban de una conformidad... que ya sabes tú que yo siempre he sido un fresco; bueno, pues pa ve lo que veía y aguantarlo, tenía que ser completamente glacial; y a frapé, no hay padre que llegue. Las dejé y me volví.

ANTOÑITA.—¡Pobrecito! ¿De manera que se ha quedao usté solo en el mundo?

SEÑOR PEPE.—¡Sólo, no, con patatas! *(Señalando la cesta.)* Me he vuelto a agarrar a la cesta, y poco es una peseta, pero al menos se duerme tranquilo. ¿Y vosotros, qué hacéis?

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Señalándole a los hijos.)* Pues mira el espectáculo; ésta recién gritada, éste recién cogido y yo recién ambas cosas; con la barbería perdida y sin atreverme a implorar de la Feliciana la miaja de acobijo que tanto despreciábamos.

ESCENA VI

DICHOS, SEÑÁ FELICIANA y el SERENO, por el foro.

SEÑÁ FELICIANA.—*(Dentro, llamando.)* ¡Pepeee! ¡Serenooo!

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Ay, callarse! ¿Esa voz?...

ANTOÑITA.—¡Es mi madre! *(Con alegría.)*

CASILDO.—¡Ella es!

SERENO.—*(Dentro y desde lejos.)* ¡Vaaa!

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Ay, en cuanto nos vea! ¡Pero ella fuera e casa! ¿A qué habrá salido? *(Carpanta se separa y se va a un rincón. El padre y los hijos se quedan formando un grupo a la puerta de su casa.)*

SEÑÁ FELICIANA.—*(Sale foro.)* ¡Abra, Pepe! *(Deteniéndose al fijarse en el grupo.)* ¿Quién está a la puerta e casa?

SERENO.—No sé... *(Acercándose.)* ¿Quién?

ANTOÑITA.—¡Madre! *(Los dos con voz lastimera.)*

CASILDO.—¡Madre!

SEÑÁ FELICIANA.—*(Corriendo y abrazando a Antoñita.)* ¡Mis hijos! ¡Hijos míos! ¡Hija de mis entrañas! ¡Corazón! ¡Alma mía! *(Abraza a su hija, y al ir a abrazar a su hijo, éste da un grito de terror. Pausa larga.)* ¿Has toreao, eh? *(Con amargura.)*

ANTOÑITA.—¡Un ratito!

CASILDO.—¡Palhas, madre!

SEÑÁ FELICIANA.—¡Pobrecitos míos! *(A Prudencio, que permanece callado.)* ¿Y tú, alucinao, pobre loco, lo ves? *(Teniendo abrazados a sus hijos.)* ¿Lo estás viendo? ¿Has visto las estrellas?

CASILDO.—¡Yo las he visto, madre!

ANTOÑITA.—¡Y yo casi, casi!

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Realmente conmovido.)* ¡Feliciana, perdón, perdón...; pero pa ellos na más! ¡Yo no lo merezco! ¡Armítelos en casa, y yo... yo me iré solo! ¿Los armites?

SEÑÁ FELICIANA.—*(Furiosa y gritando.)* ¡Vaya usté a paseo, peazo animal! ¡Eso se le pregunta a una loba! Abra usté esa puerta, sereno. *(Abre el Sereno.)* Adentro, hijos míos. *(Con dulzura.)* Entrad a ese rincón de casa que llamabais triste y oscuro, porque vosotros, ¡pobrecitos!, no sabíais que el cariño y el trabajo son alegría y claridad. Adentro.

ANTOÑITA.—¡Ay, madre! ¡Cualquier día vuelvo yo a bailar un tanguito! *(Antoñita y Casildo hacen mutis por la barbería.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—*(Entusiasmado y conmovido.)* ¡Feliciana, eres una santa! ¡Adiós!

SEÑÁ FELICIANA.—*(Cogiéndole del pescuezo.)* ¡Pasa, pasa tú también, o te acogoto, so mandria! *(Le lleva a la barbería a empujones y puñetazos.)*

SEÑOR PRUDENCIO.—¡Eres una santa! ¡Dame un beso!

SEÑÁ FELICIANA.—*(Rechazándole bruscamente.)* ¡Quita de ahí, majadero!

SEÑOR PRUDENCIO.—Bueno, te lo daré dentro. *(Entra en la barbería.)*

SEÑÁ FELICIANA.—*(Con inmensa satisfacción.)* ¡Ya son míos! ¡Y curaos de su locura! ¡Gracias a Dios! *(Al Sereno.)* ¡Buenas noches, Pepe! *(Mutis barbería.)*

SERENO.—¡Ustés descansen!

SEÑOR PEPE.—*(Acercándose, con entusiasmo.)* ¡Eso es una madre, eso...! y no las que cogen a las hijas y las quién pa..., ¡maldita sea!... *(Marchándose hacia el foro y pregonando.)* ¡Chuletas de huerta!... ¡Chuletaaas!... *(Música. Telón.)*

FIN DE
«LAS ESTRELLAS»